

La perversión como figura de exclusión en el discurso psicoanalítico

Natalia E. Talavera Baby

Semántica de la “perversión”

La palabra “perversión” tiene su origen etimológico en el término latino *perversio*, cuya aparición se remonta al periodo entre 1308 y 1444 en la Europa medieval (Roudinesco 11). En cuanto adjetivo, lo perverso ya es utilizado desde el año 1190 y deriva de *perversitas* y de *perversus*, participio pasado de *pervértere* que significa volver del revés, volcar, invertir, pero también erosionar, desordenar, cometer extravagancias (Roudinesco 11). De acuerdo con Moliner, el término latino *pervértere* alude a varias significaciones tales como “alterar o trastornar el estado de cosas” (719), comúnmente aplicado a los gustos, a las costumbres, a las personas, etcétera. También se lo utiliza en el sentido de “malear”, es decir “hacer malo o vicioso: Pervertir a la juventud”. Otros términos asociados a la palabra pervertir son “cancerar”, “contaminar”, “corromper”, “degenerar”, “depravar”, “desgastar”, “distraer”, “emponzoñar”, “enmalecer”, “enviviar”, “envilecer”, entre otros (Moliner 719). Existe otra definición de la perversión más ligada al ámbito sexual que refiere a la “inclinación sexual antinatural”, categoría en la cual son incluidas prácticas como el bestialismo, el masoquismo, el sadismo, la inversión, la sodomía y la masturbación.

Los adjetivos “perverso”, “pervertido” y “pervertidor” son aplicados a los sentimientos, instintos y acciones de las personas. Por lo general, se trata de valoraciones socialmente peyorativas tales como:

Depravado. Malvado. Muy malo; capaz de hacer mucho daño a otros y de gozar con su padecimiento [sentidos más ligados a otros términos como el de “crueldad” y el de “sadismo”]. Un hombre perverso capaz de cometer un crimen [significación que incluye el sentido de la peligrosidad]. Un niño perverso que martiriza a los animales [significado compartido con el de la crueldad]. Se usa hiperbólicamente, aplicado, por ejemplo, a un niño travieso o a una persona pícara o maliciosa (Moliner 719).

La perversión es relacionada con significaciones opuestas que conviven sin excluirse. Por un lado, como negativo de la libertad (destrucción, odio, etcétera); por el otro, como la libertad más elevada (creatividad, crueldad, grandeza, superación, veredugo y víctima, amo y esclavo, bárbaro y civilizado). Las significaciones y las valoraciones que configuran el término “perversión” son préstamos o condensaciones que parten de otras palabras tales como “crueldad”, “sadismo”, “peligrosidad”, “crimen”, “maldad”, etcétera. Las diferentes conjunciones, desplazamientos y transformaciones en el sentido y el uso de las palabras traen consigo modificaciones sustanciales en las prácticas sociales en las que son empleadas. El análisis de estas relaciones plantea nuevos modos de construir interrogantes en la investigación que, más allá de partir sobre las razones que hacen de tal o cual sujeto un ser perverso, se orientan en la búsqueda y el análisis de las condiciones epistemológicas y de poder por las cuales se afirma que hay, *naturalmente*, sujetos perversos.¹ En este sentido, es necesario analizar la perversión como una figura discursiva. Es decir, como una construcción del lenguaje que comporta distintos tropos y un amplio conjunto de significaciones y valoraciones que se desplazan, se condensan y se transforman históricamente según la lógica de la lucha de fuerzas (Nietzsche). Es por ello que se torna necesario analizar las distintas figuraciones del lenguaje a las que se recurre para conformar un discurso de saber y de verdad sobre la perversión e indagar, a

¹ A este respecto vale remitirse a los trabajos de Paul de Man y de Ernesto Laclau, quienes nos enseñan que “todo lenguaje, ya sea estético o teórico, está regido por la materialidad del significante, por un medio retórico que disuelve, en última instancia, la ilusión de toda referencia no mediada” (Laclau 58).

su vez, qué tipos de sujetos, de relaciones y de prácticas sociales se producen en consecuencia.

La “implantación” perversa

El término “implantación” deriva del verbo “implantar” que significa “hacer que empiecen a regir o a ser observadas cosas como costumbres, tributos, leyes o reformas” (Moliner 96). En *Historia de la sexualidad*, Foucault utiliza esta palabra como construcción social y de discurso para hacer referencia a la forma cómo la perversión comenzó a hacerse visible como objeto de las disciplinas médica y jurídica. Visibilidad a partir de la cual fue posible construir una norma de desarrollo y de economía de la sexualidad. La puesta en discurso del sexo estuvo orientada a excluir determinadas formas de sexualidad ajenas a las lógicas de la reproducción sexual y del uso exclusivo de la genitalidad. Se trata de sexualidades consideradas desviadas según la norma de la heterosexualidad, en cuya “irregularidad” fue posible anexar un factor patológico: la enfermedad mental.

Con el desarrollo del discurso médico, psicológico y jurídico, la sexualidad vio su multiplicación y su refuerzo en la “implantación múltiple de las perversiones” (Foucault, *Historia* 62). La heterogeneidad sexual se impuso como paradigma y, con ella, surgieron nuevas preocupaciones: no sólo el control y la normalización de los individuos, sino también la garantía de la seguridad de toda la población.² La desviación sexual, en tanto producto de una patología, también fue –y aún lo es– considerada como un peligro que había que combatir y erradicar (Foucault, *Los anormales*). Para lo anterior se tornó preciso inmiscuir el ojo médico, jurídico y policial en

² Al construirse una relación entre la enfermedad mental y la sexualidad desviada, surgió con ello la necesidad de “defender la sociedad” de todos los peligros biológicos que la degeneración pudiera traer consigo. Se tornó urgente garantizar la seguridad de los ciudadanos, pero, sobre todo, salvaguardar su futuro racial (evitar mezclas indeseables, genes deteriorados, malformaciones, etcétera). Los experimentos nazis del siglo XX, la eutanasia y la eugenesia de hoy son ejemplos de eso que Foucault llamó “biopolítica de la población” (Cf. *Defender la sociedad; Historia de la sexualidad*).

los intersticios más remotos de la intimidad sexual. Fue necesario, entonces, registrar cada anomalía, cada desvío, cada monstruosidad que participara, aunque sea un poco, de la cotidianidad de las comunidades y de los individuos: “se interroga a la sexualidad de los niños, a la de los locos y a la de los criminales; al placer de quienes no aman al otro sexo; a las ensoñaciones, las obsesiones, las pequeñas manías o las grandes furias. A todas esas figuras, antaño apenas advertidas, les toca ahora avanzar y tomar la palabra y realizar la difícil confesión de lo que son” (Foucault, *Historia* 51). De este modo, se construyeron o, mejor dicho, se *implantaron* figuras tales como la del paidófilo, el homosexual, el zoofílico, el masturbador o la histérica, que no hicieron más que destruir la diferencia, la singularidad, de los sujetos que atrapaban en su nombrar como especies. La perversión es sembrada en lo real, se le planta, se le hunde en los cuerpos y en las conductas para luego buscar su extracción y registro, su clasificación e inteligibilidad, su especificación y solidificación pero nunca su exclusión o erradicación totales. Como un órgano o un cuerpo externo que se introduce en el funcionamiento de un organismo, la perversión es colocada allí dentro, por debajo; es seccionada del cuerpo y del placer individuales e injertada después al cuerpo social. Se convierte en objeto médico y “es en tanto lesión, disfunción o síntoma como hay que ir a sorprenderla en el fondo del organismo o en la superficie de la piel o entre todos los signos del comportamiento” (Foucault, *Historia* 58). La perversión, a partir de entonces, no será más que el rostro fijo de la definición de nuevas reglas en el juego de los poderes y los placeres.

La perversión generalizada y el paradigma del fetiche

La psiquiatría hace referencia a prácticas sexuales consideradas patológicas.³ A partir del discurso médico y psiquiátrico la perversión

³ A continuación cito el ejemplo de un caso descrito por Wilhelm Stekel: “CASO No. 44. F. J., estudiante de medicina de veinticuatro años, es consciente de su actitud sádica con las mujeres. La mera visión de la sangre lo excita. Su mayor placer sería morder a una mujer y beberle la sangre. Sólo tiene una posibilidad

se desliga del juego de oposiciones morales y religiosas del vicio y la virtud,⁴ para pasar a ser una figura definida por dicotomías laicas y científicas: normalidad-anormalidad, salud-enfermedad (Mazzuca 157).

Para la psiquiatría todo el ser del sujeto estaba impregnado de sexualidad: “Pocas personas se percatan con exactitud de la pujante influencia que la vida sexual ejerce sobre los sentimientos, los pensamientos y los actos de la vida intelectual y social” (Krafft-Ebing citado en Mazzuca 52). Freud, quien recibió una gran herencia de esta disciplina,⁵ también insistió, en su momento, sobre “la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas” y en la necesidad de “ampliar el concepto de sexualidad” (*Tres ensayos* 121).

Los trabajos de Krafft-Ebing, Binet y Havelock Ellis proporcionaron la base para la elaboración freudiana del psicoanálisis. El primer capítulo de *Tres ensayos de teoría sexual*, publicado en 1905, parte de tres características: 1) la finalidad reproductiva de la función sexual; 2) la heterosexualidad; 3) la reducción de la actividad sexual al uso exclusivo de los genitales durante el acto del coito. Sin embargo, con la profundización en el estudio de varios casos de perversión,⁶ Freud comienza a construir su propia definición del concepto; al comparar distintos casos entre sujetos cuyas

de satisfacer su deseo: realiza el *cunnilingus* con mujeres que se encuentran en el periodo de la menstruación [...] Durante la infancia, el *enfermo* [el subrayado es mío] se excitaba sexualmente con la orina de la madre. A los cinco años bebió un poco, y más adelante le agradaba especialmente hacerlo cuando la orina materna estaba mezclada con sangre menstrual. De niño cazaba gallinas y les retorció el pescuezo; también trataba de descuartizarlas vivas. Varias veces bebió la sangre de las aves descuartizadas” (701).

⁴ Es interesante destacar que el término de “perversión” se separa de la noción de “perversidad” a partir de la intervención del discurso médico. Como señalamos, el primero hace alusión a prácticas sexuales que se insertan en el campo de lo normal y lo patológico, mientras que la perversidad es reservada para el ámbito moral y religioso del bien y del mal. Sin embargo, no hay que olvidar que el adjetivo “perverso” conserva ambas acepciones: “perverso [...] es aquel aquejado de *perversitas*, es decir, de perversidad (o de perversión)” (Roudinesco 11).

⁵ Términos tales como neurosis, psiconeurosis o neuropsicosis que forman parte de la nosología de Freud en sus primeros trabajos, son en realidad categorías propuestas por Krafft-Ebing en su *Psychopathia sexualis* (Mazzuca 38).

⁶ Recuérdese, por ejemplo, el estudio de la vida de Leonardo Da Vinci, el caso de “la mujer homosexual” y el del cortador de trenzas en el “Fetichismo”.

prácticas fueron designadas bajo el rótulo de aberraciones sexuales y casos cuyos sujetos encajaban en los ideales de normalidad pequeño burguesa, Freud encontró varias consonancias que lo llevaron a afirmar que “entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto” (*Tres ensayos* 134). Al emplear la metáfora de la “soldadura”, Freud intenta puntualizar que entre el objeto de satisfacción y la pulsión no hay una relación natural, necesaria o sin intermediarios. Más bien se trata de una relación arbitraria que se construye según los parámetros culturales de cada contexto social. En este sentido, incluso la heterosexualidad, considerada como el modo de relación normal o dado, es un acto construido y arbitrario, un “problema que requiere esclarecimiento”⁷ (*Tres ensayos* 132). En consecuencia, dado que no existe un objeto específico para la pulsión, sino que éste puede variar de un sujeto a otro, Freud concluyó que entre los “insanos” no existen o no se observan perturbaciones en la pulsión sexual distintas a las que se presentan en la sexualidad de personas consideradas sanas.

Conforme el psicoanalista avanza en la investigación ocurre un importante deslizamiento en la teoría que resulta en la construcción de un nuevo concepto de perversión, propio del discurso freudiano. La perversión abandona su forma patológica y pasa a ser un dispositivo de normalización de la sexualidad humana. Es decir, la sexualidad perversa ya no es solamente una desviación en la función sexual de cierto tipo de sujetos, sino el rasgo definitorio, lo *propio* de la sexualidad humana.⁸

⁷ Esta afirmación es interesante porque plantea y anticipa, ya desde 1905, una interrogante que a partir de distintos movimientos sociales –como el de la liberación sexual y el del feminismo– será retomada y profundizada por autores como Butler y los pensadores de la teoría *queer*, Foucault, Derrida, entre otros.

⁸ Es decir, la sexualidad humana ya no se define según las lógicas de la sexualidad animal (finalidad reproductiva, heterosexualidad, genitalidad) sino en función de la transgresión anatómica y las demoras hacia el coito y de la multiplicidad de los objetos y los fines sexuales. A este respecto, es pertinente recordar los trabajos de

la extraordinaria difusión de las perversiones nos fuerza a suponer que tampoco la disposición para ellas es una rara particularidad, sino que tiene que formar parte de la constitución normal [...] en la base de las perversiones hay en todos los casos algo innato, pero *algo que es innato en todos los hombres*, por más que su intensidad fluctúe y pueda con el tiempo ser realizada por influencias vitales. Se trata de unas raíces innatas de la pulsión sexual, dadas en la constitución misma (*Tres ensayos* 156).

Freud recurre a una estrategia retórica que involucra el uso de tropos, en este caso la sinécdoque,⁹ para formular su propia crítica a los argumentos psiquiátricos. Sustituye el todo por la parte: la perversión deja de ser una parcialidad para venir a ocupar el territorio total de la sexualidad. Entonces se configura una nueva forma de subjetividad, la de la falla,¹⁰ que es, a su vez, otra propiedad de lo humano.

El pasaje del viejo concepto psiquiátrico de perversión al concepto propiamente psicoanalítico estuvo condicionado por cuatro pasos importantes:

1. La indiferenciación de algunos componentes de la sexualidad normal y la sexualidad desviada (por ejemplo, aquellos que no involucraban el uso exclusivo de los genitales o que no estaban destinados a la reproducción sexual, como las trasgresiones anatómicas –sexo oral– o las demoras –las caricias y los besos previos al coito–).
2. La ausencia de correlación entre las aberraciones sexuales y las enfermedades mentales, con lo cual era imposible

Derrida, quien en sus seminarios sobre *La bestia y el soberano* pone en cuestión justamente esta noción de propiedad.

⁹ La importancia de los tropos en la argumentación, así como sus efectos en la configuración de las relaciones sociales y políticas, es ampliamente desarrollada en los trabajos de Ernesto Laclau. El tema de la sinécdoque en particular puede ser consultada en el texto *Misticismo, retórica y política* del mismo autor.

¹⁰ El lector recordará todas las significaciones asociadas a la perversión, expuestas en la primera parte de este escrito.

relacionar cierta disfunción con características raciales o culturales.¹¹

3. La importancia de la cultura como factor determinante en la delimitación de lo que es y de lo que no es considerado perverso.
4. La falta de claridad de las fronteras que separan lo normal de lo patológico (Mazzuca 12)

Si bien Freud intenta separarse del concepto psiquiátrico de perversión extendiéndolo a la generalidad de la sexualidad humana, aún arrastra consigo algunas significaciones que lo llevan a formular una perversión patológica dentro de la universalidad perversa, conservando los viejos criterios propuestos por Krafft-Ebing. En consecuencia, Freud considerará sujetos insanos a aquellos que “presentan el desvío correspondiente sólo aumentado, tal vez, o, lo que reviste particular importancia, elevado a la condición de práctica exclusiva y en remplazo de la satisfacción sexual normal” (*Tres ensayos* 135). Una práctica sexual es patológica cuando la libido se fija en un objeto sexual *parcial* y condiciona su satisfacción exclusivamente a ese objeto. El fetiche es el ejemplo paradigmático. Si bien tanto para Freud como para Krafft-Ebing, la sexualidad humana se estructura de forma fetichista, en la medida en que existen condicionantes eróticos que determinan la atracción sexual (el objeto sexual es seleccionado por uno de sus rasgos específicos –forma, tamaño, color, textura, etcétera– y no por su totalidad), en las prácticas perversas consideradas patológicas el rasgo adquiere mayor importancia que la unidad. La patología está en lo que podríamos llamar el “funcionamiento sinecdótico del fetiche”:

El caso patológico sobreviene sólo cuando la aspiración al fetiche se fija, excediéndose de la condición mencionada, y remplace a la meta sexual normal; y además, cuando el fetiche se desprende de

¹¹ Foucault (*Historia de la sexualidad; Defender la sociedad*) desarrolla un interesante análisis sobre el papel subversivo del psicoanálisis con respecto a la normalización del dispositivo de sexualidad. En especial, hacia lo que él llama “el racismo de Estado”, ampliamente extendido durante el nazismo.

esa persona determinada y pasa a ser un objeto sexual por sí mismo. Estas son las condiciones generales para que meras variaciones de la pulsión sexual se conviertan en desviaciones patológicas (Freud, *Tres ensayos* 140).

El uso de la sinécdoque como organizador y posibilitador de la argumentación freudiana respecto de la perversión conlleva importantes consecuencias. La sustitución del todo por la parte, que en un primer momento es presentada en la generalización de la perversión a todos los ámbitos de la sexualidad humana, supone una falla o desarreglo estructurales que afecta todo el ser del sujeto. Recordemos que tanto para Freud como para la psiquiatría moderna, la sexualidad se encuentra presente en todas las determinaciones que hacen de los individuos ser lo que son. Por una parte, la idea de arbitrariedad y desnaturalización de la sexualidad permite pensar en la singularidad y en la multiplicidad de posibilidades que podrían surgir por la intervención del azar. Pero, por otra parte, las nociones de falla y de desarreglo generan la impresión de una necesidad de resarcimiento o de cura que vuelve a sujetar esas singularidades en la categoría o en la “especie”.

La patologización de la sustitución sinecdóquica dada en las prácticas desviadas tiene como efecto conformar determinado tipo de sujetos y de relaciones a partir de ciertos rasgos específicos. Se construyen, entonces, figuras tales como la del homosexual, el exhibicionista o el sádico a partir de un atributo o de una parcialidad. El fragmento del ser de un individuo se funda como la totalidad de su esencia: la parte sustituye al todo. En consecuencia, el rasgo de la inversión, de la exhibición o del sadismo constituye “un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida; asimismo una morfología, con una anatomía indiscreta y quizás misteriosa fisiología. Nada de lo que él [sujeto] es *in toto* escapa a su sexualidad” (Foucault, *Historia* 56). Así, la forma de andar, el modo de hablar, de vestir o de interactuar serán explicados en función del personaje que el sujeto esté condenado a desempeñar. Y, a su vez, dicha caracterización estará determinada por esos mismos rasgos.

La figura del instrumento en la subjetividad perversa

La significación, los usos y las valoraciones de la perversión sufren una importante transformación a partir de los aportes freudianos. Aunque permanecen algunos restos de la concepción psiquiátrica, la relación que se entabla con lo perverso de las fantasías, de los actos o de las palabras, adquiere nuevos matices. Lo mismo sucede aproximadamente sesenta años después, con Lacan y su “retorno a Freud”.

Lacan modifica sustancialmente los planteamientos acerca de la perversión. Si para Krafft-Ebing, Binet y Havelock Ellis se trataba de una patología en la función sexual y para Freud, por el contrario, de una propiedad constitucional de la sexualidad humana, para Lacan la perversión funcionará según la lógica de una estructura subjetiva situada a la par de la neurosis y de la psicosis.¹² La perversión, la neurosis y la psicosis ya no son enfermedades o categorías clínicas, sino estructuras de discurso. Estas estructuras definen los diferentes modos de constitución y de funcionamiento de la subjetividad, ya sea tanto en el terreno de la patología como en el de la normalidad.

Un primer paso que lleva a Lacan a definir la perversión como una estructura es la fórmula freudiana: “la *neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión*” (Freud, *Tres ensayos* 150) Énfasis mío. Esta fórmula, que debe en parte su origen a la invención de la fotografía, sentó las pautas para el establecimiento de una primera diferenciación entre perversión y neurosis, dada a partir de la advertencia de su simultánea oposición e identidad. El uso de este símil tiene importantes implicaciones, ya que Freud compara a la neurosis con el negativo y a la perversión con el positivo de una fotografía. Como sabemos, éste último es el resultado final del procesamiento de la imagen, es la foto que podemos apreciar y coleccionar. Mien-

¹² Como señala Mazzuca, en los desarrollos freudianos no existen fundamentos para plantear una teoría de la perversión. Más bien se ofrece un exhaustivo estudio sobre el funcionamiento psíquico específico del fetichismo, la homosexualidad, el sadismo, el masoquismo, el *voyeurismo*, el exhibicionismo, etcétera. Pero la perversión aún no alcanza el estatuto de una estructura subjetiva. Se trata de un “concepto transclínico” que involucra tanto a los neuróticos como a los psicóticos.

tras que el negativo es lo que se encuentra por debajo, escondido e inalcanzable al ojo humano si no se lo coloca frente a la luz. Lo que se desprendió de esta comparación fueron algunas valoraciones y definiciones sobre lo que había que entenderse por neurosis y por perversión, al menos en el ámbito psicoanalítico postfreudiano. Se llegó a pensar a esta última como el paradigma de la libertad absoluta y de las satisfacciones desmedidas y logradas. Las acciones de los perversos estaban exentas de la represión y, por lo tanto, esta clase de sujetos era felizmente ajena a los indeseables efectos de la culpa y el automartirio superyóicos. Todo lo contrario, en el caso de la neurosis, categoría reservada para los inhibidos y mediocres. Pero esta valoración, más que exaltar la figura de la perversión la situaba dentro de una problemática. Si el perverso carece de los mecanismos represivos, carece, por tanto, de un inconsciente. Asimismo, no es capaz de experimentar culpa por sus acciones ni de refrenar la satisfacción directa de sus pulsiones. Aspectos todos estos que posibilitan la civilización. En este sentido, el perverso es colocado en un lugar ambiguo entre lo humano y lo no humano. Su humanidad es puesta en cuestión pero, paradójicamente, también es al mismo tiempo afirmada.

Lacan, por su parte, invierte el procedimiento explicativo señalando que no es por medio de la perversión que la neurosis debe ser indagada, sino todo lo contrario, ya que ésta es un objeto más elaborado y mayormente conocido por el análisis que aquella. Con ello, pone en cuestión las afirmaciones anteriores acentuando la dimensión del inconsciente y sus mecanismos, y la incuestionable intervención de la represión en la dinámica perversa.

El psicoanalista francés logra conformar una teoría de la perversión que se separa radicalmente del discurso freudiano. La perversión no sólo desempeña una función normalizadora en el psiquismo humano, sino que también se configura como una estructura subjetiva en sí misma, cuyas lógicas de funcionamiento se diferencian de la neurosis y de la psicosis, marcando su autonomía respecto de ellas. Una de las características distintivas que podemos extraer de toda la teoría de la perversión es la noción de "instrumento". En *Subversión del sujeto* y en *De Otro al otro*, La-

can afirma que el perverso asume una función instrumental con respecto a lo que él llama el gran Otro.¹³ La palabra “instrumento” proviene del latín *instruméntum*, derivado de *instruere* que significa “instruir”. También refiere a un “objeto simple o formado por varias piezas, que se utiliza con las manos para ejecutar trabajos más delicados que los que se ejecutan con los útiles llamados ‘herramienta’” (Moliner 148). Asimismo, hace alusión a “cualquier medio, cosa o persona, de que alguien se sirve para un fin” (Moliner 148). Todas estas significaciones se condensan en la figura de la perversión lacaniana.

La subjetividad perversa, manifestada en la articulación discursiva antes que, en las acciones o prácticas sexuales de los ejecutantes, implica la identificación del sujeto con el objeto a —que Lacan define como el goce perdido a consecuencia de la intervención del lenguaje sobre el cuerpo—¹⁴ y el desempeño de una función instrumental reparadora. El perverso, a su vez, es el que instruye al otro, su *partenaire*, sobre la no complementariedad sexual (recordemos el descubrimiento freudiano sobre la relación arbitraria entre pulsión y objeto). Él es quien sabe que el goce es asexual y que el órgano genital no tiene sino un carácter accesorio: “y esto es lo que mostraría fundamentalmente la perversión— no hace sino aparecer mejor el carácter perfectamente contingente, casi accesorio de ese órgano que asegura la función copulante por la oferta de un placer” (Lacan, *La lógica*). Y por medio de este saber, “reemplaza la cópula entre las carnes demediadas mediante recursos gramaticales o literarios equívocos” (Lombardi 11). Esta relación particular con el goce y el saber imponen una especificidad muy particular en la relación del perverso con el discurso. La modalidad de un imperativo absoluto de goce se traduce en la orden de “decirlo todo” a través de la escritura y de la palabra (Serge; Lutereau). El perverso busca resolver el problema de la imposibilidad de la relación de los sexos asumiendo como misión “reintegrar en el decir lo que habitualmente (y no tan sólo por

¹³ Entiéndase por “Otro” como la madre, el lenguaje, los ideales culturales, etcétera.

¹⁴ Para profundizar en la comprensión del concepto de “objeto a”, el lector puede remitirse al *Seminario 10. La angustia* de Jacques Lacan.

conveniencia) no se dice. Pero, sobre todo, este deber de decirlo todo implica una finalidad: alcanzar *un decir que no deje ningún resto* [...] el anhelo fundamental de que ya no haya imposible de decir¹⁵ (Serge 26) Énfasis mío. Si la falla en el discurso psicoanalítico de Freud y de Lacan es estructural y deseable en todo sujeto, el perverso, desde la concepción lacaniana, asume una posición instrumental que busca reparar el desarreglo de la sexualidad. Dicho de otra manera, el sujeto de la perversión viene a pervertir, por segunda vez, un orden discursivo sobre la sexualidad y el decir en general, logrando con ello posicionarse nuevamente en un lugar poco privilegiado con respecto a la neurosis.

El fantasma de la estructura perversa cumple la función de ubicar el objeto en la relación con el Otro. Este objeto, llamado *a*, es el goce perdido que ha sido vaciado del Otro, en tanto lugar del significante (Lacan, *De un Otro* 226). El fantasma perverso consiste, entonces, en la identificación del sujeto en el lugar de objeto *a*. El perverso cree en el goce del Otro y en la posibilidad de resarcirlo. De este modo, asume el lugar de un instrumento, de ese objeto que le será devuelto a través de la escenificación de un acto en el fantasma: “Sólo nuestra fórmula de la fantasía permite hacer aparecer que el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro” (Lacan, *La subversión* 803). El deseo en el perverso se convierte, entonces, en voluntad de goce (Lacan, *Kant* 752). Un goce cuya satisfacción siempre será fantasmática, es decir, discursiva:

La dimensión de la escena [...] está ahí ciertamente para ilustrar ante nuestros ojos la distinción radical entre el mundo y aquel lugar donde las cosas, aun las cosas del mundo, acuden a decirse. Todas las cosas del mundo entran en escena de acuerdo con las leyes del significante [...] (Lacan, *La angustia* 43).

La noción de instrumentalidad en la subjetividad perversa marca un parteaguas con respecto al sentido común y a la concep-

¹⁵ Los escritos de Sade y de la literatura en general son un ejemplo de ello. En el ámbito psicoanalítico, Serge André lo ilustra de manera muy clara al decir que “inevitablemente se experimenta, al oír hablar al perverso, una impresión de indecencia, siempre se siente uno un poco violado por su discurso” (46).

ción psiquiátrica. Pues el perverso no desprecia al otro, la víctima, de sus actos. El semejante, por el contrario, es absolutamente indispensable para cumplir la relación con el Otro¹⁶ y poder mantener de este modo el deseo como voluntad de goce en el fantasma:

la función que desempeña el perverso está lejos de fundarse en un desprecio hacia el otro, el *partenaire*, como se sostuvo mucho tiempo, como ya nadie se atreve a sostener desde hace algún tiempo, y principalmente debido a lo que enuncié al respecto [...] articularé que el perverso se dedica a tapan el agujero en el Otro [...] hasta cierto punto es partidario de que el Otro existe. Es un defensor de la fe" (Lacan, *De Otro* 230).

En el escenario perverso es fundamental lograr la conmoción del *partenaire*. Es a través de la división subjetiva localizada en la expresión de angustia, de vergüenza, de dolor o de terror, por mencionar sólo algunos ejemplos, como el perverso puede garantizar fantasmáticamente que el Otro está gozando con su acto¹⁷ (Lacan *La angustia*), pues se trata de una voluntad de goce que lo sobrepasa: "es el perverso el que se ofrece allí como instrumento para someter al *partenaire* de acuerdo a una voluntad que no es suya, sino del Otro"¹⁸ (Otero 33). El perverso, desde esta concepción, más que un amo o un tirano, es un esclavo del Otro. Su total abnegación ante el imperativo categórico de goce puede convertirse, incluso, en "una forma de suplicio, y en el horizonte hace

¹⁶ En otros términos, el perverso buscaría anular cualquier falla en lo que él considera un ideal supremo, tratando de lograr una forma perfecta y totalitaria. El exterminio de comunidades indígenas, el holocausto –que responden a un ideal racial–, los feminicidios –que se basan en lógicas machistas– serían algunos ejemplos.

¹⁷ En el seminario 10 *La angustia* y en el seminario 16 *De un Otro al otro*, Lacan desarrolla ampliamente el funcionamiento de las distintas modalidades de la perversión –exhibicionismo-*voyeurismo*; sadismo-masoquismo– según el objeto a –mirada, voz– con que se identifiquen. Por razones de espacio, no se expondrán aquí.

¹⁸ Personajes como Eichmann, Videla y actualmente Trump muestran la función instrumental por medio de la cual los Otros (ideales supremos) pueden realizarse como totalitarismos: "La solución final" durante el nazismo del siglo XX; el "Proceso de Reorganización Nacional" de la dictadura argentina y actualmente el discurso racista y fascista de ciertos sectores sociales en Estados Unidos.

aparecer a un dios que por no ser mentiroso [...] es todavía más exigente, tanto, que a veces el sujeto acaba ofreciéndose a él en holocausto para no ser devorado" (Serge 48).

La metáfora del instrumento como modo de explicar el funcionamiento psíquico de la estructura perversa, así como las relaciones que esta figura entabla con la noción de "saber", "objeto" y "goce", delimitan modos de valorar y de relacionarse que inevitablemente producen prácticas de exclusión. Los enunciados psicoanalíticos, aunque se imponen la tarea ética de no valorar la perversión en términos morales –"El psicoanálisis no es una moral ni una metafísica de las costumbres" (Lombardi 15)–, han generado distintos efectos en el ejercicio de la clínica, algunos de ellos contrarios a los deseados.

Dentro de las discusiones más acaloradas entre las diversas orientaciones psicoanalíticas, en particular las dos que nos interesan aquí, existe una temática muy repetitiva, a saber, si el perverso es susceptible de ser analizado o no. Algunos autores han optado por la negativa basándose en la idea de que en la perversión no existe lugar para la instalación de la transferencia, dado que no se supone un saber al analista. En consecuencia, el perverso no solicita un tratamiento psicoanalítico o, en caso de llegar a hacerlo, lo abandona rápidamente:

[El sujeto perverso] tiene hacia el psicoanálisis y las psicoterapias una posición muy distinta: por lo general no pide ayuda terapéutica, y cuando lo hace, no demanda por sus componentes perversos, sino por otras razones [...] en ambos casos [neurosis y psicosis] hay transferencia: una transferencia neurótica y una transferencia psicótica. Esto no ocurre en la perversión (Mazzuca 23).

Otros autores, por el contrario, consideran que el conjunto de fórmulas de la perversión propuesto por Lacan entabla una semejanza estructural con el "deseo y la posición del analista" y "prepara la contingencia, cada vez más frecuente, que lleva al perverso a consultar con el analista, a intimar con él, a llevarle sus angustias, incluso sus síntomas, pero también su fantasía, que emplea de un modo muy diferente al del neurótico" (Lombardi 12). O bien, que

la falta del amor de transferencia puede ser sustituida por otra modalidad transferencial más acorde a la estructura perversa como la forma de un *sujeto supuesto gozar* en la que es colocado el analista (Serge 47). Estos puntos de desencuentro, que representan el posicionamiento de instituciones analíticas, han generado un desacuerdo y bastantes ambigüedades sobre el concepto de perversión (Otero 21). Sin embargo, ambas posturas coinciden sobre la necesidad de mantener al perverso y al psicótico alejados, en cierta medida, del ejercicio del análisis:

Que hay analistas perversos, como los hay psicóticos, es cosa segura. Y todo el mundo estará de acuerdo en desear que haya los menos posibles [...] Podemos convenir en que hay, en las estructuras psicóticas y perversas, una dificultad indudable para que la cuestión del deseo del analista pueda desprenderse del fantasma propio del sujeto que asume su posición (Serge 17).

No obstante lo anterior, lo importante, a nuestro parecer, no es saber o definir si el sujeto perverso es o no analizable, o si es capaz o no de ejercer debidamente el análisis, sino por qué se dice que lo es o que no lo es. Mejor aún, nos interesa partir de la pregunta por el sujeto perverso mismo. Es decir, interrogar qué tipo de sujetos se construyen y son excluidos a partir de la elaboración de un concepto de perversión; qué tipo de sujetos son, por el contrario, beneficiados y de qué modo se los incluye en el discurso como figuras de normalización.

Problematización

Las figuras discursivas son el fruto de relaciones de poder, con las cuales se producen efectos de dominación. La exclusión de una figura o su inclusión dentro de las lógicas de poder depende de la relación que guarde con otras figuras, las cuales, a su vez, serán excluidas o incluidas en otras relaciones. La figura de la perversión, específicamente en el ámbito psicoanalítico, no es la excepción a esta regla. No existen sujetos perversos en sí mismos, fuera del

discurso en que son nombrados y valorados como tales. Se trata de una figura discursiva que adquiere su forma por el interjuego dado entre significantes, entre fuerzas homogéneas y siempre móviles. Es por ello que prevenir los efectos del lenguaje es imposible. Lo que queda por hacer es estudiar las distintas relaciones de lo perverso en psicoanálisis y los efectos de poder y de saber que se producen con ello.

Un primer acercamiento, ya dado a lo largo de este trabajo, tiene que ver con la relación que lo perverso entabla con el saber, el amor transferencial, la represión, el deseo, el goce, etcétera. La articulación de todos estos elementos en un cuerpo teórico constituye una clase de sujetos que funciona como ideal de normalidad: los neuróticos y el analista. Si bien las tres estructuras representan una falla o una patología en el devenir del ser humano, en incontables ocasiones se alude a la neurosis como la subjetividad más conveniente o la menos desafortunada¹⁹. Es el neurótico –también en tanto figura– el sujeto normalizado por excelencia, aquél que ha aceptado e interiorizado finalmente la ley paterna y quien prefiere asumir las consecuencias de la castración y de la división subjetiva antes que proyectarlas en el otro. El neurótico acude al análisis, confiesa a regañadientes sus fantasías, sus sentimientos, sus sueños, sus acciones, hasta lo que podría pensar o desear en el futuro. Confiesa todo con tal de ser curado, de comprender lo que le pasa o, simplemente, porque siente la necesidad o el deber de responder a la demanda del Otro analista, del “Otro, ¡analízate!” ¿Qué implicaciones conlleva excluir al perverso del dispositivo analítico? ¿Acaso esto no permite la suposición o la sospecha de una probable intención secreta o, mejor, *inconsciente*, por parte de la institución analítica para contribuir con su granito de arena a una lógica de normalización? ¿Quiénes son los perversos? ¿No son acaso los que gozan con la división subjetiva del otro, llámese angustia, dolor, terror o pudor, mediante el ejercicio de actos prohibidos e ilegales que rápidamente hacen de su ejecutor un criminal, un inmoral o un delincuente por accidente? Cuando un psicoana-

¹⁹ Existen analistas que utilizan la frase “neurotizarse al perverso” para referirse a su cura.

lista se refiere a otro como perverso ¿a qué alude? ¿A los “estratos inferiores del pueblo”? ¿A un sujeto “coaccionado” o a un “neurótico grave” (Millot 9; Mazzuca 29)? ¿Se trata acaso de alguien talentoso y capaz de sublimar su arsenal pulsional en bellas obras de arte? Cuando el psicoanalista nombra lo perverso, él mismo se impone como una figura que excluye lo perverso, en la medida en que se arroga la autoridad para nombrarlo y delimitar sus lógicas de funcionamiento. Lo que Lacan y sus seguidores llaman “el deseo del analista” o “la posición del analista” es ya un procedimiento de exclusión que limita una práctica a cierto tipo de sujetos, ya se trate de aquellos que “no gozan” con la división subjetiva del otro o de aquellos que responden afirmativamente a los lineamientos impuestos por una cultura represiva, cristiana y pequeño burguesa.

Por otra parte, ¿qué consecuencias pueden extraerse de la inclusión de la perversión como parámetro de normalización de la sexualidad, en especial cuando esa generalización excluye simultáneamente una parte de sí misma al patologizarla por su fijación y su exclusividad? Nuevamente en este intento por reivindicar la perversión, se genera un doble movimiento de rechazo y aceptación que pone en la mira –y en la *escucha*– no sólo el contenido indeseable de ciertas fantasías, sino, y sobre todo, a grupos específicos de individuos que realizan determinadas prácticas con sus cuerpos o con los cuerpos de otros. Y no precisamente para guiarlos por el camino de la cura y de la liberación. La generalización de la perversión y su simultánea patologización ha contribuido a la organización de nuevas distribuciones de los espacios y de los individuos: baños separados según el género; habitaciones divididas de acuerdo a las edades y los parentescos, funciones y prácticas sociales reservadas para cierto tipo de sujetos y, por tanto, negadas a otros: la educación para el paidófilo, la cirugía para el sádico, la enfermería para la histérica (Serge 18). Habría que interrogar, con todos estos ejemplos, si el psicoanálisis antes que poner en cuestión un discurso normalizador y de mercado,²⁰ no contribuyó y contribuye aún hoy a llenar sus huecos.

²⁰ La pobreza está fuera de muchos consultorios analíticos con buenas intenciones. Siendo curiosamente Freud el primero en excluirla: “Uno puede situarse muy

Bibliografía

- DERRIDA, Jacques. *La bestia y el soberano*. Vol. I. Buenos Aires: Manantial, 2001-2001.
- FREUD, Sigmund. *Tres ensayos de teoría sexual*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- _____. *Sobre la iniciación del tratamiento*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- _____. *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*, México: Siglo XXI, 2002.
- _____. *El orden del discurso*, México: Siglo XXI, 1998.
- _____. *Historia de la sexualidad*, Vol. I, México: Siglo XXI, 2008.
- _____. *Los anormales*, México: Siglo XXI, 2001.
- LACAN, Jacques. "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos 2*, México: Siglo XXI, 2005.
- _____. "Kant con Sade". En *Escritos 2*, México: Siglo XXI, 2005.
- _____. *La angustia. El seminario 10*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- _____. *La lógica del fantasma. El seminario 14*. Inédito.
- _____. *De Otro al otro. El seminario 16*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- LACLAU, Ernesto. *Misticismo, retórica y política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- LOMBARDI, Gabriel. "Prólogo". En Tomás Otero. *Tres ensayos sobre la perversión*. Buenos Aires: Letra Viva, 2011.
- LUTEREAU, Luciano. *Por amor a Sade*. Buenos Aires: La cebra, 2015.
- MAZZUCA, Roberto. *De la Psychopathia sexualis a la subjetividad perversa*. Buenos Aires: Berggasse 19, 2004.

lejos de la condena ascética del dinero y, sin embargo, lamentar que la terapia analítica, por razones tanto externas como internas, sea casi inasequible para los pobres. Poco es lo que se puede hacer para remediarlo" (Freud, *Sobre* 134); "Con relación a la enorme miseria neurótica que existe en el mundo y acaso no es necesaria, lo que podemos remover es ínfimo desde el punto de vista cuantitativo. Además, las condiciones de nuestra existencia nos restringen a los estratos superiores y pudientes de nuestra sociedad, que suelen escoger sus propios médicos y en esta elección se apartan del psicoanálisis llevados por toda clase de prejuicios. Por el momento nada podemos hacer a favor de las vastas capas populares cuyo sufrimiento neurótico es enormemente más grave" (Freud, *Nuevos* 162).

- MILLOT, Catherine. *Gide-Genet-Mishima*. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- MOLINER, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 1997.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Buenos Aires: Alianza, 2013.
- OTERO, Tomás. *Tres ensayos sobre la perversión*. Buenos Aires: Letra Viva, 2011.
- ROUDINESCO, Elisabeth. *Nuestro lado oscuro*. Buenos Aires: Anagrama, 2008.
- SERGE, André. *La impostura perversa*. Barcelona: Paidós, 1995.
- STEKEL, Wilhelm. *Sadismo y masoquismo*. Buenos Aires: Ediciones Imán, s/a.